

100 **Víctor**
años **Lima**







En este 2021 se cumplen cien años del nacimiento de Víctor Lima, nombre fundamental de la canción uruguaya de raíz folclórica. Se destacó, asimismo, por ser uno de los principales alimentadores del repertorio de Los Olimareños, a quienes nutrió de canciones cuyas letras hacen referencia a paisajes, personajes y hechos históricos de nuestro país como *Adiós a Salto*, *Sembrador de abecedario*, *A orillas del Olimar*, *Las dos querencias* y *Cosas de Artigas* que, entre otras, han sido grabadas por diversos artistas nacionales (Fernando Cabrera, Jorge Lazaroff y Numa Moraes, entre otros) y del exterior, entre los que se destacan dos icónicos grupos chilenos: Inti Illimani y Quilapayún.

Construida a partir de los años cuarenta y fortalecida en las dos décadas siguientes, en pleno auge del folclore argentino (el ritmo de zamba con el que arropó a decenas de sus textos es el ejemplo más claro; sin embargo logró dotarlas de un *color* local), a su vasta obra la difundió en varias etapas cantando *a capela* en escuelas del interior, fundamentalmente de Treinta y Tres, donde “encontró querencia lejos de su Salto Oriental”. Aún quedan treintaitresinos y treintaitresinas que recuerdan la pasión que irradiaba el poeta-cantor que incursionó en diversos géneros musicales como la milonga, el candombe, el vals, y hasta el carnavalito y la chacarera.

Lima fue un verdadero *andapagos*, así le gustaba definirse, con este término por él inventado. Un hombre desprendido que pasó por este mundo casi sin otro interés que el de crear canciones que pintaran su aldea, en pos de contribuir con la edificación de un sólido cancionero. Hoy sus coplas siguen rodando, las canta el pueblo, pero ya nadie (o más bien pocos), al decir de Manuel Machado, sabe el autor. Y aún menos se sabe sobre su trayectoria vital y artística, que incluyó decenas de canciones, dos libros de poemas, una plaqueta y un disco simple.

Víctor Lima 100 años del poeta de los azahares

El **Instituto Nacional de Música de la Dirección Nacional de Cultura**, rinde homenaje al poeta salteño Víctor Lima. A 100 años de su nacimiento se presenta este dossier que compila vida y obra de “el poeta de los azahares”, producido por el Instituto Nacional de Música, con la investigación y el texto a cargo del escritor y periodista Guillermo Pellegrino.

Este texto así, como el lanzamiento del Premio “100 años de Víctor Lima” y de una serie de actividades que tendrán lugar en sus querencias, Salto y Treinta y Tres, buscan que la fogata creativa de Lima siga encendida y alumbre cada vez más a las nuevas generaciones de poetas y artistas.



Víctor Lima nació en la ciudad de Salto el 16 de junio de 1921, en una casa de la calle Uruguay frente a la que pasara sus años de niñez y adolescencia el escritor Horacio Quiroga. Fue el menor de los cinco hijos que llegaron a la adultez (Raúl, Nilda, Rodolfo y Renée) del matrimonio compuesto por Francisco Lima y Onetti y Mercedes Rodríguez Santana, quien había dado a luz a otros cinco que, por distintas causas, murieron antes de alcanzar los tres años.

Aficionado al canto y a la guitarra, su padre Francisco se había desempeñado en diversas tareas: escribiendo en la seccional primera de policía, comisario en la localidad de Valentín y juez de menores en Belén, donde dio *un mal paso* (del que no se tienen precisiones), que pagó con años de cárcel en Montevideo.

Fue en esos años, cuando Víctor aún no había entrado en edad escolar, que Mercedes decidió terminar con la relación y, para mitigar dolores, optó por afincarse –junto con sus tres hijos más pequeños– en la estancia de su padre, don Estanislao Rodríguez, a orillas del río Arapey Chico, a poco más de 100 kilómetros de la capital departamental.

Para el futuro poeta fue muy estimulante el contacto diario con la naturaleza. Renée, que era 15 meses mayor que Víctor, guardó siempre imágenes muy vívidas de la vida de campo. “Me pasaba horas jugando con Tito, así lo llamábamos en la familia... Aún me acuerdo de varios de esos juegos. Había uno en el que a las latitas de dulce de membrillo les atábamos una pio-la y las llenábamos con tierra que luego volcábamos en los caminitos de las hormigas. Éramos compinches ¡pero teníamos nuestras agarradas! Hubo una vez que nos estábamos peleando por un cuchillo y en el forcejeo yo le rasgué la muñeca. Enseguida, por suerte, una sirvienta le curó la herida con tabaco, aunque no pudo evitar que le quedara la cicatriz; él siempre me recordaba ese hecho”.

Los pequeños hermanos, como se estilaba en el siglo pasado, solían apelar a la imaginación para pasar las horas. “Juntábamos piedras, construíamos corrales y jugábamos a que llevábamos hasta allí a los animales. Era ingenioso y, ya a corta edad, muy observador”, recordó en 2001 Renée, en entrevista con Guillermo Pellegrino.

El futuro poeta también conservaría fresco el recuerdo del entorno de la estancia de su abuelo. Dos décadas después, en *Canto del Salto Oriental*, su primer libro, los evocaría con ternura en el poema *Romance del río Arapey*.



Romance del río Arapey

*Arapey, río que tienes
rasgos indios en tus aguas.
Arapey de orillas rojas,
rojas, rojas de pitangas:
quisiera echarme de bruces
a beber en tus barrancas (...)*

*Arapey del nombre indio,
secular, como la raza.
Torrente de voz antigua,
soledad que el hombre horada:
recónditas voces indias
palpitan en tus entrañas.*

*Arapey del nombre indio
y la presencia uruguaya:
quisiera llegar jadeando,
–ah, recuerdos de la infancia–
para tirarme de bruces
a beber en tus barrancas.*

Durante los años que vivió en el campo, Tito no concurrió a ningún centro educativo. Recién lo hizo en 1928 cuando su madre decidió retornar a Salto. En el mes de mayo, próximo a cumplir siete años, ingresó en la Escuela N° 1. “En más de una oportunidad la directora mandó llamar a mi madre para hablarle de mi hermano. Le decía que era muy inteligente pero que no estudiaba, que se pasaba haciendo versitos”, contaba Renée, ya con las sienes canosas pero sin que los años transcurridos empañaran sus memorias.

Luego de atravesar un zigzagueante y espinoso sendero escolar, el mocito empezó con bríos sus estudios liceales en el Instituto Politécnico Osimani y Llerena. Pero pronto aparecieron las dificultades para adaptarse a estructuras académicas y a determinadas rutinas. En plena adolescencia, etapa fundamental para el forjamiento de rasgos que marcan una personalidad; él parecía mostrarla, ya bastante moldeada. Así, a los 15 años, optó por abandonar el liceo quebrando la oposición de su madre.

Quizás podría tomarse a este momento como el punto de partida de una característica muy propia a lo largo de su vida: el casi nulo apego a ciertos hábitos y cuestiones formales.

Poco después de abandonar el liceo, Víctor consiguió emplearse –como aprendiz– en Poli, una reconocida sastrería de Salto. “Lo que menos hacía era trabajar”, aseguraba su hermana, y una sonrisa pícaro le iluminaba la cara. “Andaba siempre escribiendo... y cantando, que le gustaba mucho”.





Con 18 años recién cumplidos “lo mandaron” a Montevideo donde en agosto de 1939 se enroló en filas del ejército, aparentemente vinculado por Carlos Onetti (padre de Juan Carlos), que era primo de su padre. Sirvió como “voluntario contratado”, un año y medio, en la Segunda Compañía del Batallón 24 de abril de Infantería N° 3.

En cuanto a la relación con la familia Onetti, uno de los sobrinos de Lima, Héctor Bértiz, cuenta una anécdota en entrevista con Schubert Flores: “Una vuelta le pregunté al tío desde cuándo había adquirido su avidez por la lectura. Me contestó que cuando era muy joven, en Montevideo, paraba en la casa de los Onetti donde todos eran muy intelectuales, y que ahí se dio cuenta que solo servía para cebar mate. Entonces se dijo a sí mismo: ‘Voy a tener que leer, a ver si consigo estar un poco más a la altura de mis parientes.’”

Aquella sentencia parece habérsela tomado muy a pecho, porque quienes lo conocieron en distintas etapas de su vida coinciden en que Víctor, aunque algo desordenado, era un lector atento y que varias de esas lecturas influyeron más tarde en la confección de poemas y letras de canciones.

Tras su experiencia capitalina, Víctor comienza a coquetear con el camino, con el andar. En realidad no hace otra cosa que sacar al exterior lo que ya hacía cerca de un lustro venía insinuando. Arranca de a poco una vida *nómada*, lo que hace difícil, más en esa primera etapa trashumante y en la que era un desconocido, ubicarlo en tiempo y espacio, seguir su rastro.

Sí se sabe que en 1944, con la excusa de asistir al casamiento de Renée, retorna a Salto. Un año y medio después se crea la Asociación Cultural Horacio Quiroga, que tuvo entre sus principales objetivos el difundir y estimular la actividad artística en todas sus formas expresivas. Lima era uno de los asiduos concurrentes a las reuniones, exposiciones y conferencias que allí se organizaban. Desde sus comienzos, la entidad puso mucho énfasis en las artes plásticas. Fue entonces que, con la misión de formar un taller y dirigirlo, llegaron a Salto, enviados por el Ministerio de Instrucción Pública, el reconocido pintor José Cúneo y el artista plástico de origen



húngaro Jose Cziffery, quien por años se afincó en la ciudad. El argentino Juan Carlos Castagnino fue otro de los destacados pintores que también pasó por Salto en esa época. Entre otras tareas, Castagnino viajó con la misión de trabajar en la decoración del Club Uruguay.

En su estadía, y de acuerdo a versiones coincidentes, Castagnino trabó amistad con Lima y con el pintor José Echave, a quienes invitó a Buenos Aires. A sabiendas de que contaban con el apoyo del famoso artista, ambos no dudaron y viajaron a la capital argentina.

De esa estadía en Buenos Aires es la carta del 25 de noviembre de 1946 que Víctor le escribió a su amiga de la Quiroga, Camila Lulú Valega: “(...) *De mí, puedo decirte que tengo dos o tres cosas entre manos, pero que no me conviene deschavarme, porque siempre que digo una cosa antes de que cuaje... ¡Zas!... no cuaja. Pero, pese a todo, veo el panorama muy claro y soy universalmente optimista (...)*”.

Una de las “cosas” que tenía *entre manos* era la edición de su *Geografía Poética de Salto*. La idea era reunir poemas que hicieran referencia a distintos sitios del departamento. Pero en esa época, publicar un libro no era tan accesible como sí lo fue décadas después. Además, no era usual que las editoriales instaladas en el mercado publicasen a un poeta sin pergaminos y del interior del país. Y editar en forma independiente tampoco era sencillo, por los elevados costos de impresión.

Al no contar con una entrada regular de dinero, tenía claro que su libro debía esperar. Pero a pesar del contexto que era y es bastante adverso para los poetas, se lo lee esperanzado, quizás por su fresca juvenil y porque la vida todavía no lo había asolado con tormentas o grandes desilusiones.

En la misiva que le envía a Lulú Valega, el joven con afanes poéticos se revela como un ser sensible y afectuoso, que repara en hechos simples: “(...) *Dile a tu mamá que añoro sus ‘caseros dulces’ y los ladridos de Perlita (...)* *En fin, dale mis saludos a todos los que tengan la graciosa ocurrencia de preguntar por mí*”.

En el inicio de la carta deja traslucir sentimientos y la necesidad de tener noticias de su Salto. “*Cara Lulú: Aquí estoy, aquí sufro y aquí canto (...)* *Y ¿qué tal? ¿Cómo marchan las cosas en esa? Espero me ‘noticéas’*”. A juzgar por ese *sufro*, puede inferirse que, al menos en esos primeros tiempos, Buenos Aires no le dio el suficiente abrigo, o al menos no el esperado de antemano.



Ilustración de José Echave

Avanzada la década, lo encuentra a Lima de vuelta en Salto. En ese período, en cuanto a lo laboral, algunos lo recuerdan vendiendo café en la calle, tarea que –al parecer– desempeñó por un lapso muy breve. Nidia di Giorgio (hermana de Marosa, la poeta) es quizás la única que lo evoca en un empleo *formal y estable*. “Trabajó en radio Cultural como informativista e integrando elencos de radioteatro: con el grupo Decir interpretó la obra *Los muertos*, de Florencio Sánchez”, revela en el libro *Con guitarra y sin guitarra*, de Leonardo Garet. “Víctor encarnó a Lisandro, el protagonista. Fue asombroso lo bien que le salió, porque Lisandro era un hombre dominado por el alcohol y él llegó a la radio que parecía que venía de una fiesta”, añade.

Finalmente, en 1948, con ilustraciones de José Echave, aparece *Canto del Salto Oriental* (subtitulado *Geografía Poética de Salto*), publicado por Ediciones Pueblos Unidos, de Montevideo. Este libro tiene dos partes bien diferenciadas: una descriptiva y otra más enfocada en lo social.

Un claro ejemplo de texto paisajístico, en el que denota conocimiento y amor por su terruño es *Canción de los dos arroyos*, en la que evoca su infancia en Salto. Por más que tiene a la naturaleza como principal escenario, Lima sitúa estos versos en la capital, enmarcada por los arroyos Ceibal y Sauzal, afluentes del río Uruguay.

En otros describe un paisaje rural en el que se destacan los naranjales, típicos del departamento. Y en varios incluye a hombres de la tierra, como el jangadero o el recolector del cítrico, que aparece en *Romance del Salto Oriental en tiempos de la naranja*, entre otros.

Canción de los dos arroyos

*Mojando sombra de ceibos
que besan sus dos orillas,
el Ceibal viene del este
por su ruta cristalina.
(Ayer anduve cantando
Ceibal, por tus dos orillas).
Mojando sombras de sauces
que besan sus dos orillas,
el Sauzal viene del este
por su ruta cristalina.
(Ayer anduve cantando
Sauzal, por tus dos orillas).
El Salto de mi niñez
pasada, nunca perdida,
sacia su sed arenosa
con agua de cuatro orillas (...)*

Romance del Salto Oriental en tiempos de la naranja

*Estamos en San Antonio.
En la tarde iluminada,
el tren se empieza a mover
como una bestia holgazana.*

*Salimos de San Antonio.
En el vaivén de la marcha,
las ventanillas me ofrecen
su paisaje de distancias.*

*Estamos en mes de mayo.
Mes de invierno en lontananza.
Mes de naranja salteña
plenamente madurada (...)*

En *Canto del Salto Oriental* Lima dedica un capítulo a las lavanderas, dándole identidad a esos sufridas mujeres. María Saravia es la más conocida, luego de que el romance que la tiene como protagonista fuera, años más tarde, musicalizado por Numa Moraes.

Su veta social asoma con fuerza en las *Canciones del niño pobre*, a las que circunscribe en la recolección de la naranja.

La interjección que expresa dolor, convertida en sustantivo plural como se advierte en la segunda estrofa del poema, aparece en varios de estos versos, que relatan los tormentos de los niños naranjeros (los *almitiernos*, palabra inventada por Lima), como en *Al alegre naranjal*, en el que el niño con “*hambre sedienta*” mira desde afuera los naranjales de las quintas y pregunta, en reiteradas ocasiones “*¿quién le quita el fruto?*”, a lo que el propio poeta, apelando a sus vivencias, le responde: “*No preguntes. Preguntando, / tu afán quedará en pregunta. / Haz como yo cuando niño: / trepa el alambre de púa / que rodea el naranjal... / ¿para qué tienes las uñas?...*”. En la segunda parte invita al almitierno a rebelarse: “*¿Qué necesitas dinero?... / Ya sé que lo necesitas; / pero a falta de dinero, / quitálá, que nada quitas*”.

Por todos los textos que aluden a los naranjales, y sus aromas, Lima empezó a ser conocido como el *poeta de los azahares*.

Romance de María Saravia, lavandera del Salto Oriental

María Saravia, tú,
sufrida obrera del agua:
las manos del Uruguay,
quiebran tu risa morada
por el ácido y el frío
del viento y de la potasa.
María Saravia, tú,
sufrida obrera del agua:
tus manos van siempre niñas
por tus lívidas mañanas,
tus manos iya! desde niñas
al trabajo acostumbradas (...)

Canciones del niño pobre

Compañero, compañero,
compañerito del alba,
que vienes del Salto Nuevo,
pregonando tus naranjas
por la Avenida Solari,
tan arenosa, tan ancha,
tan alegre para otros
y para ti, tan amarga (...)

Compañero, compañero,
Compañerito del aire;
¡si supieras compañero,
como me duelen tus ayes
por este centro de Salto,
donde los pobres no nacen!



Ilustración de José Echave

Tras la publicación de *Canto del Salto Oriental*, definitivamente embelesado por la famosa sentencia de Antonio Machado de “hacer camino al andar”, Lima comienza a desandar nuevas sendas.

Así, en 1949, llegó al Ateneo de Treinta y Tres a dar una conferencia sobre el propio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández, tres poetas que admiraba y que influyeron en su obra. Días después continuó su periplo. “Lo conocí trepado en un camión rumbo a Melo junto a los misioneros de Cerro Largo, camino a Centurión. Allí cantó con los niños y maestros en las escuelas del lugar”, escribió su amigo, el doctor Felipe Cantera (a quien más tarde dedicaría su libro *Milongas de Peñaflor*) en la revista treintaitresina *El Mangangá amarillo*. En la nota, de abril de 2001, intentó –con algunos cuestionamientos sin respuesta– develar actitudes, entender su compleja personalidad: “Nunca llegué a saber el motivo por el cual un día se alejó de su ciudad natal, jurando no volver más allí”. Perdura en la memoria colectiva el himno *Adiós a Salto* en la que además de *pintar* una partida, quizás aquella, deja en claro su sed de conocer mundo: “*Adiós, mi Salto, te dije un día / mirando el último naranjal, / casas y lomas, aves y frutas, / me despedían, quedando atrás / Hoy el camino tiene mil huellas / para mis ansias de caminar (...)*”. El *rodar*, entonces, se le fue haciendo una necesidad vital: “*Aunque vivo en tierra firme, / yo me siento un poco río; / si el río camina y canta, / yo también canto y camino (...)*”, escribió a manera de asociación en *El río*.

Cuando la década del 40 estaba dando sus últimos pasos, el olimareño Rubén *Rubito* Lena iniciaba su periplo como educador rural. El primer destino que le asignaron fue la escuela N° 44 de Sierras del Yermal (en el departamento de Treinta y Tres), donde se desempeñó primero como ayudante de José Hermes *El Gallego* Lucas y más tarde como director.

Lima y Lena se conocieron en esa época, en alguna oportunidad en la que el maestro bajó a la ciudad. Tuvieron buena química de entrada, seguro por perseguir intereses comunes. Al enterarse de que Lena era maestro, Lima le mostró algunas canciones y su interés de enseñarlas en las escuelas. A las pocas semanas, el docente lo invitó a que fuese a pasar unos días a Sierras del Yermal. Fue entonces allí donde ambos pudieron conocerse en profundidad.

Lima era todo un personaje: andaba siempre con letras y músicas en la cabeza “Una de esas noches –recordó el guitarrista e investigador de la cultura indígena, Oscar *El Laucha* Prieto, en un testimonio consignado en el libro *Maestro de la canción*– Víctor andaba inquieto, daba vueltas en la cama y se lo escuchaba susurrar una letra con una melodía. A la mañana siguiente vino el reproche de Rubito: ‘anoche te pasaste jodiendo, no nos dejaste dormir’. ‘Está bien... Tenés razón. Pero escuchá lo que se me ocurrió mientras no podía conciliar el sueño, y le cantó *Arroyito de la sierra*. Para no prender el farol y molestar a sus compañeros, Limita (diminutivo con el que solía nombrarlo, por su pequeño porte

y cierta fragilidad física) la había estado recordando toda la noche”. A pesar del esfuerzo en pos de recordar aquella letra, el salteño no se caracterizó por estar atento al viaje de sus obras concluidas, más bien todo lo contrario, fue muy desprendido: escribía en el primer papel que encontraba, no archivaba nada y solía regalar sus versos a cualquier mortal que se los pidiera, allanando con esta actitud el terreno de los oportunistas. Lena solía evocar una simpática anécdota sobre esta particularidad de su amigo: “En cierta ocasión, escuchábamos en rueda de amigos una audición de música argentina cuando el locutor, al anunciar la canción siguiente, que era *El Aguaterito*, dijo: ‘Zamba letra de Fulano; música de Zutano’. Entonces alguien le hizo notar a Víctor: ‘¡Te la robaron, loco!’. ‘Y... no son bobos, che, saben lo que roban’, replicó a lo Lima”.

Con muchísimas idas y vueltas, tal su ya conocida impronta, Lima hizo de Treinta y Tres su refugio. Además de encontrar en la ciudad a varios protectores, otro río lo encandiló.

Estas cuartetos de *A Orillas del Olimar* se adecuaban a la perfección al ritmo de zamba que él había ideado. La primera etapa en la ciudad de las calles anchas, resultó para Lima muy prolífica en la creación de canciones a punto tal que en los dos primeros larga duración de Los Olimareños, es con nueve temas el autor con mayor presencia (en total, le grabaron 25 canciones). Con el paso del tiempo, por su mayor constancia y permanencia vital, Rubén Lena se convertiría en el principal proveedor del popular dúo, aunque nunca dejó de reconocer la influencia que sobre él ejerció Víctor Lima.

Más allá del influjo, se nutrieron mutuamente y lograron dar forma a un repertorio de canciones infantiles, faltante en aquel entonces, y el poeta itinerante las difundía en escuelas. “Los niños las aprendían con facilidad y gusto y se iban por calles y caminos cantándolas”, acostumbraba a recapitular Rubén, testigo privilegiado de esas andanzas. Una decena de aquellas canciones han quedado registradas en el fonograma *Cancionero nativo para niños* grabado por Rubén Díaz Castillo. De su voz, asimismo, ha sobrevivido un muy valioso registro: un disco simple en el que canta, acompañado por el guitarrista Uruguay Zabaleta, dos temas de su autoría, *A orillas del Olimar* y *El aguaterito*. La placa, de la que se editaron muy pocas copias, es hoy una pieza de colección.

A Orillas del Olimar

*Hay ríos que son ausencia
en mi destino de andar y andar,
pero ninguno me dio esa cosa
que solo tiembla en el Olimar.*

*Vestida de azul profundo
su agüita cumba cantando va;
qué lindo suena en las tardecitas
arrobadas de zucará...!*

*Cuando mueran los caminos
que sueñan andando yo
que junto al dulce Olimar querido
Se vuelva tierra mi corazón!*

Lena recordó que las veces que Lima andaba en Treinta y Tres cantaba siempre. En distintos lados y para distintos públicos. “¡Y cómo cantaba! Tenía una voz grave, profunda, de pocos matices, pero atractiva (...) Hay muchos testimonios al respecto. Concitaba la atención de la gente ciudadana o rural, iletrada o erudita, tanto de una rueda de adultos como de un coro de niños (...).”

En Treinta y Tres, quienes lo conocieron, lo pintaban de forma similar. Sin más bienes que un portafolio, una birrome, un cuaderno, el infaltable cepillo de dientes y dos mudas de ropa. Un relato de El Laucha Prieto a Pellegrino hace referencia a ello: “Algunas veces íbamos al Olimar y él aprovechaba a lavar su pantalón y camisa que luego colgaba de un pitanguero. Mientras, y hasta que su ropa estuviese seca, nosotros le prestábamos un pantalón de fútbol”. Cuentan que siempre andaba bien afeitado, con el pelo corto y prolijo, y que vestía de forma muy modesta.

El dinero, a Lima, no le interesaba en lo más mínimo. Su vida era el arte. Y así solía reparar en detalles que para la mayoría de los mortales eran intrascendentes. “En Treinta y Tres había un personaje al que apodaban *El Cabito* que se pasaba silbando. Su silbido era muy particular. Recuerdo que una noche de cerrazón lo cruzamos y Víctor me dijo: ‘Vamos a seguirlo así lo escuchamos’. Caminamos con sigilo varias cuerdas detrás de él. En esas pequeñas cosas, como la de seguir a un hombre que en el pueblo se lo catalogaba de loco, pude concluir, con los años, que él tenía una gran sensibilidad para percatarse de los valores con nutrientes culturales y sociales”, asevera Prieto.

En Treinta y Tres, Lima halló el calor que no encontró en otros sitios. Tal vez por ello, siempre echó de menos a la ciudad y a sus habitantes, como lo expone en sus *Nostalgias Olimareñas*.

Nostalgias Olimareñas

*Humilde Olimar del alma
que viendo pasar tu gente
aprendes historias viejas
de sueños y de quehaceres...*

*El día que yo me vaya
por el último sendero
cantando, mi viejo río
dale tu adiós al viajero (...)*

*Cada vez que dejo el pago
ni bien cruzo el puente viejo,
nostalgias olimareñas
me van siguiendo, siguiendo.*

Arroyito de la sierra

*Arroyito de la sierra,
que siempre y siempre caminas:
el que no envidia tu suerte,
nunca sabrá de la vida.*

*Cuando bebo en la quebrada
tus tragos de agua fresquita,
yo siento para mi gusto,
que estoy bebiendo la vida.*

*Arroyito quebradeño
que bajas desde la sierra:
tú cantas modestamente
la gran canción de la tierra.*

*Cuando el silencio me quitas
la sed que me da el sendero,
yo siento, para mi gusto,
que estoy cantando por dentro.*

*¡Loco de contento estoy
cuando bajo a la quebrada;
arroyito de la sierra:
cómo contentas el alma!*



El poeta ambulante vivió un año –a mediados de la década del 50– en Paysandú, ciudad donde entonces estaba radicado uno de sus hermanos; allí tuvo una novia llamada Guiomar (única relación formal que se le conoció), bastante menor que él. Lo sugestivo de esta relación –y aquí se cuela la premonición, rasgo inherente a varios creadores– es que en su *Canto del Salto Oriental*, de 1948, tituló a un poema: *Para la bien amada, que tiene nombre de mar*. Las mismas voces que hicieron referencia a su paso por Paysandú coinciden que a Guiomar (que significa *famosa luchadora*, pero su última sílaba es la palabra mar) la conoció años después de escribir aquellos versos.

Esa característica de adelantarse con su poesía a algunos hechos incluso se revela, descarada, en el primer poema de su plaqueta titulada *Elegía por Elías Savchuk* (Impresa en los talleres gráficos de Tribuna Libre, Treinta y Tres, 1958) al que llamó, justamente, “Premonición”; tras ese título, entre paréntesis y abajo, aparece la acotación: “Escrita dos años antes de su trágica muerte”. “*La vida le dio la mano / y él se largó a caminar; / y de mano de la vida, / hubo un día de llegar / al confín de lo terrestre, / con su aparcera vital, / donde casera sin ojos / dió-le posada final (...)*”. El sanducero Savchuk, quien muriera aplastado por un árbol, tenía algunos ideales de vida similares a los de Lima. Formaron parte de una publicación literaria llamada *La Veleta*, y tuvieron más inquietudes comunes.

Otra particularidad de su obra, que vale recalcar, y que pareciera provenir de irresueltas búsquedas interiores, es que en varios textos aparecen dos fuerzas: una que lo atrae y otra que lo repele. En las últimas décimas de *Las dos querencias* queda en evidencia esa característica: “*Entre presencia y ausencia / de dos pagos de mi flor / siento el amargo dulzor / que dan ausencia y presencia / lo digo sin complacencia / tal vez complaciéndome / eso sí que no lo sé / porque todo peregrino / se entiende con el camino / sin preguntarse porqué*”. Hay en su labor, asimismo, una permanente búsqueda de reconciliación de los opuestos (ausencia-presencia; amargura-dulzor), denunciada claramente en la letra anterior. También aparecen, en mismos poemas, otros conceptos antagónicos que se en-

frentan en el planteo del texto (partir-volver; campo-ciudad), e inclusive, en poemas diferentes, conceptos encontrados como sus “*ansias de caminar*”, en *Adiós a Salto*; o sus “*ansias de aquerenciarse*”, en *El camino*. Según Washington Benavídez, “la búsqueda de su centro es el gran tema de Lima”.

Ya en el final de *Las dos querencias* aparece un tercer elemento preponderante en su poética: el camino. Su *Milonga del caminante* (conocida también como *El camino*), por citar solo un caso, es otra de las tantas letras en la que expone, con una aliteración (reiteración de fonemas cuyo sonido asociado compone una imagen auditiva), su apetencia de andarín. “*Rodar de rueda viajera, / rodar de canto rodado, / rodar de mi alma andarriega / que no pregunta hasta cuándo*”. Lima tenía esa fijación del movimiento, de las vivencias, que había incorporado a su obra: “*Nadie camina mejor, te juro / que aquel que aprende sobre su andar*” (*Adiós a Salto*), es un ejemplo notorio.






A mediados de la década del 60, Lima regresó a Salto, malherido por los reveses de la vida. Una carta que por esa época le escribió a Lena viene a reforzar ese último concepto. “*Compañero de sueños: le dirijo estas líneas acosado por la desesperación. Salió mi nombramiento para Rocha, Treinta y Tres y Cerro Largo –dos meses en cada departamento- (N. de R: para desempeñar tareas puntuales en escuelas) (...). Esta es la última oportunidad de mi vida y debo aprovecharla (...). Yo no puedo ir a Rocha en las condiciones económicas en las que estoy. Recurrí a gente amiga y me prestaron vintenes por el temor de que bebiera, por lo cual estoy en las mismas cuarenta. Logré alguna ropa que tenía empeñada y nada más. Yo quiero llegar a Rocha decorosamente y por eso recurro a usted. Tenga la seguridad que la estabilidad económica, el trabajo y mi compromiso con Rosalío Pereira me harán marchar derecho en aquella ciudad. De usted depende que vaya, porque así no puedo hacerlo*”. Al final no se presentó al cargo.

Sin dinero (nunca recibió una pensión, ni tampoco se preocupó por intentar cobrar los flacos derechos de autor) y consciente de ya casi no tener más posibilidades laborales, se lo empezó a ver con mayor asiduidad en diversos boliches.

En esos años, y a pesar de tantos pesares, Lima vivió alegrías fugaces como cuando se vinculó, a través de su sobrino Héctor Bértiz, al naciente *Grupo de Arte Nativo Salto Oriental* (les pasó canciones; hizo algunos arreglos en las voces); o realizó una celebración muy propia contándole a *Tribuna Salteña* sobre los muchos proyectos que pensaba concretar en un corto plazo: mencionó una edición corregida y aumentada de su *Canto del Salto Oriental*, un cancionero con cincuenta de sus canciones más populares que se titularía *Adiós mi Salto*, y su libro de poemas *Milongas de Peñaflor* (publicado *post mortem* en Ediciones Salto Oriental, 1969), del que se explayaría en esa misma nota: “Peñaflor es un personaje apócrifo popular, que válido de lo que ha aprendido en el camino y pulsando la guitarra que es su instrumento vital, habla sobre todas las cosas que ve. No da consejos sino simplemente dice como él haría las cosas y la conclusión queda a cargo del lector”. Esta entrevista, según relata su autor –Ado Pereyra– se concretó a raíz de un encuentro circunstancial con Lima, en una plaza. El final deja entrever la actitud de gran parte de la sociedad salteña que además de ladearlo permaneció inmóvil (hay que aclarar



que muchos intentaron ayudarlo, tarea que por cierto no fue fácil) ante uno de sus hijos más valiosos: “Nos despedimos y mientras se marchaba, pensamos en su sencillez y en la proyección que ha alcanzado. Sus canciones han trascendido fronteras y su amor al terruño lo refleja cada frase de sus versos. Le ha cantado a su Salto, con la misma devoción que el pintor ha sabido llevar al lienzo su obra predilecta. Derramó en cada canción el cariño que siente por su pueblo... por ese mismo pueblo que a su paso ni siquiera se inmuta y muchas veces lo ignora... pero él sigue igual porque piensa en otra cosa más grande y más noble. Piensa continuar volcando en sus versos la dulzura incomparable de los azahares salteños (...).”

En su interior merodeaba un ser complejo, muy atormentado. Silvia, su sobrina, reconoce que “en algún momento fue como una especie de *poeta maldito*, la gente se le alejaba, porque no siempre estaba en condiciones de hablar con los demás”. Si bien es cierto lo de su complicada relación con el alcohol –la asumía y le dolía–, no deben soslayarse los problemas que le acarrearon los nervios y, fundamentalmente, el insomnio (al que aludió, con logradas imágenes, en su canción *Noche con tiempo*: “*Hoy estoy como noche con tiempo, / que se puso a pensar y pensar, / y al sentir el cri-cri del silencio, / con alma de grillo, soltó su cantar*”), que lo llevó a consumir –en forma compulsiva– un tranquilizante llamado Namurón, que mezclado con el alcohol resultó ser un cóctel explosivo. Por estas cuestiones –y por otras como la de asegurarse el techo y la comida– supo autointernarse en el Vilardebó y en los hospitales de Treinta y Tres y de Salto donde, después de pasar diversos períodos al cuidado del doctor Ivo Lima y lograr la confianza del plantel de médicos y enfermeros, se movía con soltura.

Su madre, a quien siempre consideró una presencia vital, murió el 3 de noviembre de 1969, a los 84 años. “El día que me falte mamita, ustedes nunca más van a saber de mí”, le había dicho poco tiempo antes, en uno de sus impulsos, a Renée, quien jamás olvidó esas palabras. En el transcurso de ese aciago mes, volvió a dar algunas de esas señales al escribir *Elegía optimista por la muerte de mi madre*: “*Ya poco te faltaba para cumplir el siglo, / el día que llegaste hasta la orilla yerta / hacia la cual también yo voy braceando*”.

El 3 de diciembre, al mes de la partida de su madre, encontraron flotando en el río el cuerpo de su amigo, el periodista y poeta Fausto Carcabelos. Tres días después, Lima, tristemente coherente con su vida y con su obra (*"A la orilla de este río estoy pensando / que algún día calladito yo me iré / dejaré de ser cantor, pero qué lindo / pues por siempre tierra fértil yo seré"*), también eligió el Uruguay para ahogar tanta soledad, tanta angustia, reflejadas en una desgarradora última carta que le escribió al maestro Lena en la que no dejó de conjugar palabras y belleza. "Estoy al final. No tengo amigos. Usted me escucha, gracias. *'Quien yerra con honradez / por una cosa se salva; / yerra con el corazón / y con el fondo del alma'. (...)* Rubito, Usted planta rosales. *'Por el tronco del rosal / se encarama silenciosa, / la vida, llena de vida. / y el rosal florece en rosas'*. Hoy estoy sin tiempo de ver ese florecer".



*Soneto para el primer
vagido de la pintura de
José Echave*

*Hoy estuviste mirando tu pintura,
-hélice en libertad- con engranajes
que ocupan su lugar en tus paisajes,
donde se yergue -joven- tu estatura*

*de hombre que se eleva hacia la altura
del momento social, con sus mensajes
desnudos, despojados de ropajes
que halagan a los ojos sin cultura.*

*Tu trazo, tu color, tienen la euritmia
de una danza ritual; rigor, alquimia
que en forma y fondo no permite fraudes.*

*José Echave, pintor: te espera el hombre;
su raíz popular, su fe, su nombre.
Son para ti, José... ¡no lo defraudes!*

El alfarero

(a Tomás Cacheiro)

*Placer de buscar el barro
a orillas de claro ríos.
Placer que viene de lejos,
Junto con el hombre mismo.*

*¡Oh, los viejos alfareros
que fueron en otros siglos!
¡Oh, tus jueces, alfarero,
los implacables testigos
de tu actitud, alfarero,
frente al fiel de tu destino!*

*Oigo tus manos cantar
cuando modelar las miro
el cuenco de nobles copas
donde he de beber el vino
que madura de verdad
cuando lo brinda un amigo.*

*Miro tu barba rosilla
y pienso en lo fugitivo
del tiempo, que tú lo apuras,
-tacto fiel, seguro instinto-
en el placer de buscar
a orillas de claros ríos,
el barro -¡qué tanto amas!-
y hacerlo definitivo.*

*El barro tiene misterio
y su secreto es contigo.
El barro es tierra en descanso,
y sólo espera, tendido,
que tú lo echas a andar,
tú, que eres barro vivo.*

El aguatero

*Por ese trillito doble
que mi barril va dejando,
poquito, poquito a poco
voy el arroyo arrastrando...*

*Yo arrastro para la estancia
donde no soy estanciero
traguito de agüita fresca
pa' refrescar el garguero...*

*Pero mañana
saldré al camino
por esa sendita clara
que va rumbeando el destino...*

*Si le pido al mayordomo
que me saque de aguatero,
enseguida me retruca:
"por algo sos pión casero!"*

*Yo quiero montar un pingo
y hacer punta en el rodeo,
y no quedarme en las casas
como atao por un sobeo...*





Ministerio
**de Educación
y Cultura**

Dirección Nacional
de Cultura

Instituto Nacional
de Música